

PROGRESO CIENTÍFICO Y HUMANISMO

*Disertación del académico Dr. Alberto Rodríguez Varela,
en representación de la Academia Nacional de Ciencias
Morales y Políticas, el 6 de mayo de 2002*

PROGRESO CIENTÍFICO Y HUMANISMO

Por el Académico DR. ALBERTO RODRÍGUEZ VARELA

La convocatoria

La Comisión Episcopal de Fe y Cultura invitó a las Academias Nacionales a que designaran representantes para debatir en la Pontificia Universidad Católica Argentina, el 6 de mayo de 2002, el tema “Progreso científico y humanismo”.

Dicha Comisión es el órgano de asesoramiento de la Conferencia Episcopal Argentina en su misión de diálogo con la cultura. En su invitación señaló que, de acuerdo con el criterio fijado por el Concilio Vaticano II, “la cultura humana se debe hoy desarrollar de modo que perfeccione, con un ordenamiento justo, a la persona humana en toda su integridad” (“Gaudium et Spes”). Teniendo, pues, a la vista, tan alto objetivo, la Comisión consideró importante incorporar las Academias a ese “espacio de diálogo” para profundizar el conocimiento de los desafíos que presenta esta *nueva época de la historia humana*, por considerar que tales corporaciones son “ámbitos privilegiados y de excelencia en la generación y síntesis de la cultura”.

El encuentro

Después de breves palabras de bienvenida pronunciadas por el Rector, Monseñor Zecca, disertó en primer término el Arzobispo de Paraná y Presidente de la Comisión Episcopal

Argentina, Monseñor Estanislao Karlic, quien calificó de “histórico” al encuentro.

Para Monseñor Karlic la reunión era muy significativa porque en torno a la mesa circular se encontraban representantes de las Academias Nacionales que conformaban un grupo de “personas apasionadas por la Verdad” y que se reunían en momentos de “desconcierto y fragilidad institucional”.

Por su parte, el Presidente de la Comisión Episcopal de Fe y Cultura, Monseñor José A. Rovai, recalcó la necesidad de “recrear un humanismo abierto a la trascendencia”.

El Doctor Juan Carlos Agulla, Miembro Titular de la Academia Nacional de Ciencias, tuvo a su cargo la disertación que debía servir de base al ulterior diálogo interdisciplinario. En su exposición encaró el tema de la reunión desde una perspectiva sociológica.

Seguidamente, Monseñor Roberto Rodríguez, Obispo de Villa María (Córdoba) y Presidente de la Comisión Episcopal de Pastoral Universitaria, se preguntó si es posible alcanzar la Verdad a partir de cada una de las verdades de las ciencias: “¿Es posible -dijo- encontrar una verdad universal? Para nosotros cristianos -puntualizó respondiendo a su interrogante- la Verdad está en el Logos, en la palabra de Dios”.

El Ingeniero Horacio Reggini, Miembro Titular de la Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, marcó la necesidad de armonizar el progreso científico con el humanista, por cuanto el Cosmos es un todo interrelacionado y también el hombre es un cosmos, con un pensamiento simbólico, ontológico y mágico, y un pensamiento científico y exacto. Por ello, a juicio del expositor, “hay que alentar la convergencia de la ciencia y el espíritu, pues tanto la ciencia como las humanidades están en la búsqueda del saber”.

El Doctor Olsen Ghirardi, Presidente de la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales de Córdoba, hizo especial hincapié en la importancia de la dimensión deontológica y en la necesidad de que la ciencia no se incline hacia un pragmatismo que se encuentre en pugna con un genuino humanismo: “Se empuja la investigación –dijo- en

ciertas áreas, sobre todo anglo sajonas, sin tener en cuenta si esa ciencia es ya una ciencia para el hombre”.

El Presidente de la Academia Nacional de Medicina, Doctor Cesar Bergadá, adhirió a las observaciones del Doctor Ghirardi en el sentido de que no se encuentran en la senda del verdadero progreso científico prácticas aberrantes como la clonación humana, la experimentación con embriones, y otras investigaciones que sugieren un descontrol de una “ciencia” que pretende emanciparse de la bioética, al amparo de un concepto mitológico de la libertad humana. En su mérito, subrayó que “no todo lo científica y técnicamente posible es moralmente lícito”. Participaron, también, del debate, Alberto Maiztegui, de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba; Juan Carlos Sanahuja, de la Academia Nacional de Farmacia y Bioquímica; y Avelino Porto, Presidente de la Academia Nacional de Educación, quien propuso, con adhesión de todos, que las reuniones continuaran en forma periódica, para abordar temas interdisciplinarios como el que se encontraba en discusión.

Nuestro enfoque

Concurrí a la reunión en representación de las Academias Nacionales de Ciencias Morales y Políticas y de Derecho y Ciencias Sociales. Fui informado que los organizadores preferían que los académicos participaran de un diálogo espontáneo tras la disertación inicial del Doctor Agulla. Por eso no preparé un texto y me limité a improvisar algunas reflexiones que procuraré reconstruir y ampliar en esta comunicación .

Señalé, en primer término, que el tema en debate planteaba desde el comienzo una compleja cuestión semántica. Porque hay muchas acepciones y versiones de lo que debe entenderse por progreso, ciencia y humanismo.

En mi intervención mencioné a dos autores que tengo siempre asociados en mi memoria cuando debo referirme al progreso científico y a un humanismo de claros perfiles antropológicos.

Me refiero a Jacques Maritain, a mi juicio el más importante filósofo tomista del siglo veinte, y a Jorge García

Venturini, que me honró con su amistad, y que integró hasta su muerte esta Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Al referirme a Maritain, recordé especialmente algunos conceptos que desarrolla en su genial ensayo titulado “Filosofía de la Historia” y que sirven para iluminar una u otra visión del progreso humano. En el Prólogo a esa obra, Jorge García Venturini señala que su autor, por desconfianza hacia Hegel, había mirado con prevención cualquier intento de elaborar una Filosofía de la Historia que pudiera figurar en el cuadro de las disciplinas filosóficas. Ello a pesar de que en *Man and State* y en *Humanisme Intégral* había volcado importantes reflexiones filosóficas sobre el curso de la historia humana. Fue, quizá, Monseñor Journet, con su trabajo titulado *D'une philosophie chrétienne de l'histoire et de la culture*, publicado en el volumen *Jacques Maritain: son oeuvre philosophique (Revue Thomiste, 1949)*, quien lo impulsó a escribir su ensayo sobre Filosofía de la Historia, recopilando las conferencias pronunciadas en un seminario que dirigió en la Universidad de Notre Dame.

Como lo sintetiza García Venturini, para Maritain la Filosofía de la Historia constituye un orden de conocimientos dependiente de la Filosofía Moral y presupone también la Metafísica y la Filosofía de la Naturaleza. “Pero al igual que la primera y a diferencia de las dos últimas –y esto es fundamental– la Filosofía de la Historia halla su ser específico no en el orden teórico sino en el orden práctico del conocimiento, es decir, en aquel orden que regula y orienta las acciones humanas”.

Sobre tales bases, Maritain desarrolla lo que denomina una “genuina filosofía de la historia” que, en la era cristiana, tiene un gran exponente en San Agustín (*La Ciudad de Dios*), quien mostró al mundo un enfoque novedoso que desconocieron griegos y romanos. Me refiero a que el tiempo es lineal y no cíclico, y a que la Historia “no se mueve en círculos”, como presumían algunos filósofos presocráticos.

La historia de los hombres se nos presenta así como un proceso lineal que tiene dos motores: la libertad humana y la Providencia Divina.

La conciliación entre la Providencia y la libertad humana es un misterio en el que los teólogos han procurado ahondar sin llegar al fondo. Es que, en definitiva, como todo misterio,

excede la capacidad de comprensión de la inteligencia del hombre. Podemos comprobar por vías naturales que Dios existe y que el hombre es libre, más allá de los condicionantes endógenos y exógenos. Y sabemos por la revelación que el Señor creó a Adán, y en él a todo hombre, a su imagen y semejanza, dotándolo de inteligencia y voluntad. Pero nos inclinamos ante el misterio de la omnisciencia de Dios, que no excluye, empero, la libertad interior de la persona humana.

No son, pues, admisibles, las tesis básicas de Spengler, quien en su obra *La decadencia de Occidente* sostiene un pesimismo gnoseológico y antropológico que le lleva a sostener que “la Humanidad” no tiene un fin, una idea, un plan; como no tiene fin ni plan la especie de las mariposas o de las orquídeas. “Humanidad -agrega Spengler- es un concepto zoológico o una palabra vana”¹.

Rechazamos con énfasis tal enfoque que reduce al hombre a algo equivalente a una piedra, un vegetal o un animal. La humanidad -contra lo que sugiere Spengler- no es un concepto zoológico. Los hombres no son mariposas ni orquídeas, ni están determinados por ninguna necesidad cósmica.² Los hombres no son objetos sino sujetos, titulares de derechos connaturales, con dignidad infinita, legatarios todos -hasta el más miserable- de la sangre del Verbo.

Además, como lo ha señalado Toynbee, la historia es un continuo desafío a la capacidad que los hombres tienen de forjar cultura o malversar sus energías creadoras en el quietismo o el conformismo. A veces en sitios inhóspitos, con climas y geografía adversos, han surgido comunidades culturales sólidas, fecundas en el despliegue del talento y la laboriosidad. Simultáneamente, en lugares donde la naturaleza era pródiga, los hombres han permanecido estáticos, sin dejar huellas importantes de su tránsito por la tierra. Ello nos lleva a alejarnos de todo determinismo, y de la pretensión de interpretar el acontecer humano en función de uno u otro factor, por

¹ Spengler, Oswald: “La Decadencia de Occidente”, cuatro volúmenes, Madrid, Calpe, 1925

² Manuel Ríó: “Estudio sobre la libertad humana”, Kraft, Bs. As., 1955

relevante que sea, prescindiendo de los principales motores que son –como ya he dicho- Dios y la libertad.

En cuanto al carácter crítico de los tiempos que vivimos, y a los contrastes que marcan por momentos un gran progreso y por otros un enorme retroceso, es oportuno recordar algunas reflexiones que García Venturini vuelca en la disertación que pronunció cuando se incorporó a esta Academia y que lleva como título: “El progreso moral en la historia”³.

Agudamente señalaba el autor de *Politeia* que “toda época es época de crisis, que la historia es intrínsecamente crisis, un poco acorde, si se quiere, con aquel canto de Píndaro de que la vida no es más que el sueño de una sombra”. “Basta leer a una multitud de autores de diferentes épocas – agregaba García Venturini- desde Heráclito a Cicerón, de San Agustín a Maquiavelo y Voltaire, de Hegel a Nietzsche, para oírles decir que “vivimos una época decadente, de crisis”. Tomo –añadía- la palabra *crisis* en su común significado de declinación y conflicto. Como prueba bastarían aquellas palabras de Santa Teresa de Jesús en el siglo XVI: *Oh desventurados tiempos y miserable vida en la que ahora vivimos*. En definitiva, como lo expresa el mismo García Venturini en otro trabajo titulado *El Espíritu de Occidente*⁴, “las crisis y las situaciones agónicas son de siempre. No vivimos una época de crisis. Toda la historia es crítica”.

La tesis de García Venturini no deja espacio para una interpretación candorosa de la historia ni para sostener que vivimos en el mejor de los mundos. El sentido fundamental de su exposición apuntaba a marcar las características de un genuino progreso moral operado en el curso de los dos milenios de la era cristiana, sin desconocer la simultánea presencia del mal que, por supuesto, “persiste y persistirá porque este mundo no es el paraíso terrenal sino un valle de lágrimas”.⁵ Por lo

³ Jorge L. García Venturini: “El progreso moral en la historia”, *Anales de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas*, Tomo VI, págs. 5/24, Buenos Aires, 1978.

⁴ Jorge L. García Venturini: “El Espíritu de Occidente”, Conferencia pronunciada en el Instituto Popular de Conferencias del diario LA PRENSA, el 12 de septiembre de 1975.

⁵ Op. Cit. en nota 4, pág. 21.

demás, García Venturini es el traductor al castellano de la *Filosofía de la Historia* de Jacques Maritain ⁶, a la que ya me he referido, y en la que su autor expone con singular lucidez el tema de la simultánea coexistencia del bien y del mal en el mundo.

El gran filósofo neotomista observa en su libro que la Historia constituye un misterio no susceptible de ser *explicado* al estilo de las ciencias naturales. Agrega que sólo podemos aproximarnos a su médula recurriendo a algunas fórmulas axiomáticas que contribuyen a aclararlo aún cuando no logremos descifrarlo totalmente.

Ello es así porque –como ya lo hemos sugerido contra el presuntuoso profetismo de Spengler- el curso de la Historia concierne no sólo al hombre sino también a la Providencia Divina, cuyos designios más profundos son insondables para la razón humana.

Es oportuno recordar, por su estrecha vinculación con el tema del progreso científico y el humanismo que motivó la convocatoria de la Comisión de Fe y Cultura, que Maritain menciona en primer término, como fórmula axiomática, la que denomina *ley del doble progreso contrario*. Para desarrollarla acude a la parábola del trigo y la cizaña expuesta por San Mateo en el capítulo XIII de su Evangelio. Ella se refiere al hombre que sembró buena semilla en su campo pero que una mañana comprobó que su enemigo había arrojado también en él semilla de cizaña. Para no arruinar el trigo, optó por aguardar la época de la siega. En esa oportunidad recogió fácilmente la cizaña y la arrojó al fuego, guardando, en cambio, el trigo en el granero.

A juicio de Maritain, esta parábola refleja cabalmente la ley del doble progreso contrario. Significa que el bien no está separado del mal en la historia humana: ellos crecen juntos. De esta manera la vida de las sociedades humanas avanza y progresa a costa de muchas pérdidas. Avanza y progresa gracias a la vitalización y superelevación de la energía de la historia, que brota del espíritu y de la libertad humanos. Pero al mismo tiempo, esta misma energía de la historia es degradada y

⁶ Jacques Maritain: “Filosofía de la Historia”, Buenos Aires, 1960.

disipada en razón de la pasividad de la materia. Y desde luego – agrega el autor del “Humanismo Integral”–, en ciertos períodos de la historia lo que prevalece y predomina es el movimiento del progreso. Tenemos así una noción del progreso –incluso del denominado *progreso científico*– bastante diferente de aquella de un progreso necesario, rectilíneo e indefinido con el que soñó el siglo XVIII, y en el cual las cosas venideras se consideraban siempre por derecho mejores que las pasadas; y, también, distinta de aquella negación de todo progreso y del desprecio por el empuje dado por Dios en nosotros, que aparece entre los que desesperan del hombre y la libertad.

Maritain agrega algo que es importante tener presente para el balance que estamos intentando al sostener que la historia de los últimos siglos es un acabado ejemplo de la forma como se manifiesta el doble progreso contrario al que García Venturini prefiere identificar como *progreso del bien* y *persistencia del mal*. En efecto, por una parte tenemos, desde las últimas décadas del siglo XVIII, una acentuación de los derechos individuales y de la dignidad de la persona humana, un anhelo de libertad y de confraternidad entre los hombres, una creciente preocupación por las libertades civiles y por la justicia, una afirmación del hombre sobre la naturaleza. Pero, por otra parte, tenemos que enfrentarnos, durante el mismo lapso, con más y más guerras destructivas, con el crecimiento del materialismo mercantil, con las pasiones nacionalistas, el fascismo, el racismo, en fin, con el asesinato en masa de millones de judíos y no judíos en campos de exterminio. Y entre 1917 y 1989 el mundo enfrentó la amenaza más grande de la Historia: el totalitarismo comunista, que prosperó en grandes regiones de la tierra, que promovió la agresión subversiva contra los países libres, que amenazó con transformar al mundo en un “habitáculo sin exilios”, y que todavía perdura en Cuba y en otras latitudes.

La *ambivalencia de la historia* es la fórmula axiomática que complementa la anterior. Dice Maritain que si la historia humana está sujeta a los dos movimientos antagónicos anotados más arriba, podemos decir que en cada momento nos ofrece dos fases. Una da motivos al pesimista, quién gustaría condenar este período de la historia. Y la otra da motivos al optimista, quien

juzga el mismo período como glorioso. Así hubo muchos en el siglo XIX que identificaron el pasado con la obscuridad y el error, y consideraron al futuro como pleno de luz y de bondad. Esta condenación del pasado por el iluminismo constituyó un enfoque viciado de parcialidad. Lo mismo debemos decir de quienes han condenado los tiempos modernos como una total aberración. *Ningún período histórico puede ser absolutamente condenado o aprobado.* Los mártires fueron contemporáneos de sus victimarios. Por lo demás los que tenemos una visión espiritual del hombre y el mundo sabemos que, por sobre todo, más allá de los fracasos, podemos ser cooperadores de Dios. La actividad espiritual -dice Maritain-, que está por encima del tiempo, no desconoce el tiempo, mas lo mantiene sostenido desde lo alto. Nuestra obligación es, pues, actuar en la historia dentro del límite de nuestras fuerzas. *El Señor, que nos dio el don de la libertad, sólo nos exige que luchemos, aunque la victoria no siempre corone nuestro esfuerzo.* Y no debemos quejarnos -subraya Maritain- ni sentirnos culpables si la historia a menudo actúa contra nosotros: no vencerá a nuestro Dios, ni escapará a Sus propósitos de misericordia y justicia.

En ese crecimiento constante del trigo, acelerado a partir del mensaje cristiano, e impulsado por la certeza de que en definitiva prevalecerá sobre la cizaña, debemos computar como ingrediente fundamental la creciente conciencia de la dignidad connatural a toda persona que los hombres van adquiriendo en la medida en que los fermentos evangélicos proyectan su influjo en las estructuras temporales. Por eso García Venturini le atribuye carácter impulsor de esa toma de conciencia al decálogo mosaico y al mensaje cristiano ⁷.

Paradójicamente, hay logros que algunos pretenden computar como “progreso científico” y que en rigor configuran un enorme retroceso moral que se encuentra en pugna con una visión humanista que reconozca en el hombre, en todo hombre, desde el comienzo hasta el final de su curso vital, la condición de persona humana, con vocación de trascendencia e

⁷ Jorge L. García Venturini: “El progreso moral en la historia”, cit. pág. 8.

inmortalidad. Me refiero, por ejemplo, a líneas de investigación que tienden a “cosificar” al hombre, a transformarlo de sujeto en un mero objeto de laboratorio, en nombre de supuestos avances de la ciencia y la tecnología.

La expansión de ese pseudo “progreso científico” le lleva a Julián Marías a sostener que lo más grave del siglo XX, más grave que las dos guerras mundiales y que los tres totalitarismos, es la desaprensión de los hombres de hoy y de las legislaciones de gran parte del mundo frente a la vida inocente. Un capítulo especial lo constituye la transformación de un crimen abominable como es el aborto provocado en un “derecho” irrestricto de la madre, quien puede disponer impunemente de la vida del hijo que lleva en sus entrañas. El Parlamento Europeo ha llegado al extremo, en fecha reciente, de exigir a todos los países miembros de la Unión Europea que legalicen el aborto provocado y a que se prohíba el ingreso a esa comunidad a aquellos que aún no lo han autorizado en su legislación.

Todo esto nos conduce a sostener, como tesis básica, que todo “progreso científico” que se encuentre en pugna con el orden natural grabado por Dios en el corazón de todos los hombres y que proclama la intangibilidad, en toda circunstancia, de la vida humana inocente, no es verdadero “progreso científico” y se encuentra en las antípodas del genuino humanismo. Pone en evidencia, simplemente, la persistencia de la cizaña en ese gran trigal que es la historia humana.

El tema es grave y reviste enorme actualidad. Porque nunca en la historia mundial, en nombre de un supuesto “progreso científico”, se cometieron tantos atentados contra la persona concebida (en el seno materno o *in vitro*) como los perpetrados en el curso de las últimas décadas. Al comenzar el tercer milenio cristiano el panorama es desolador. La cantidad de víctimas de este nuevo holocausto es realmente aterradora.

El relativismo moral dominante en el planeta, el inmanentismo negador de todo orden moral trascendente, y su desemboque previsible, el materialismo teórico y práctico que contamina a los más diversos círculos científicos, constituyen los motores doctrinales de prácticas que se han extendido en las últimas décadas y que tienen un perfil claramente humanicida.

G. Herranz observa acertadamente que para algunos investigadores la tentación del conocimiento es tan fuerte que, emancipados de todo límite ético, pierden la razón. Hay en la historia de la investigación científica lejana y sobre todo reciente, páginas verdaderamente negras: “No se trata de que simples errores de cálculo hayan redundado de modo fortuito en los resultados adversos, a veces catastróficos. Se trata por el contrario de episodios provocados por científicos, insensibles a las exigencias éticas de la investigación, según las cuales la dignidad de la persona no es un valor superior al que debe supeditarse todo estudio experimental”⁸

Los experimentos realizados por los científicos que estaban al servicio de un régimen pagano e inhumano como el nacional socialista revisten sin lugar a dudas el carácter de precursores de otros horrores cometidos en el curso de las últimas décadas contra personas humanas, antes y después de su nacimiento. Sobre el tema es importante recordar que en el juicio de Nuremberg se hicieron públicas las “investigaciones” practicadas mediante vivisección humana, para observar de modo directo la muerte del corazón, así como los estudios que se hicieron para determinar la adaptación de los humanos a grandes alturas, con las consiguientes muertes por asfixia de quienes eran usados para esas prácticas abominables.

Podríamos citar también casos estremecedores como el experimento de Tuskegee practicado en Alabama, con hombres de color carenciados, que fueron mantenidos sin tratamiento para evaluar la evolución de una enfermedad contagiosa. O los pacientes de un hospital geriátrico de Brooklyn a los que les inyectaron células cancerosas para estudiar la respuesta inmunológica a sus tumores. En definitiva, como lo expresa Herranz, “la ciencia debe tener una gran ambición de saber, pero el saber no es la razón última del hombre”.⁹ Hay cosas que no se pueden hacer simplemente porque vulneran de modo directo la ley natural grabada en el corazón de todos los hombres.

⁸ G. Herranz: “Experimentación científica en el hombre”, en “Deontología biológica”, pág. 281.

⁹ Idem, pág. 281/282.

Prácticas aberrantes como las indicadas -afirma N. López Moratalla- se difunden fácilmente “cuando se admite que puede haber vidas humanas que no sean tan dignas de ser vividas por razones de raza biológica, de pertenencia a pueblos pobres o incultos, por edad, o por enfermedad. Si esto se llega a admitir, se está a un paso de aceptar que la condición de humano no estaría en sí misma, en el hombre, sino que le vendría otorgada por otros y dependería, por lo tanto, de su generosidad.”¹⁰

La mentalidad abortista promovió el auge de la fecundación *in vitro*, practicada con indiferencia frente a los innumerables embriones sacrificados en intentos fallidos. A su vez, la FIV-ET fue el caldo de cultivo de los más aberrantes experimentos con embriones y fetos. La situación ha adquirido una dimensión tan inquietante que Jacques Testart, el padre científico de Armandine -la primera bebé de probeta de Francia- y de otros doscientos niños nacidos con el método FIV-ET, ha clamado por una verdadera moratoria que ponga fin o al menos un paréntesis a la fecundación artificial: “Yo, investigador en procreación asistida -dice Testart- decidí parar...”. Afirma estar preocupado por los avances de la investigación genética y por sus efectos en la especie humana: “Reivindico una lógica del no descubrimiento, una ética de la no investigación”.¹¹

En su libro *L’Oeuf transparent* y en numerosas entrevistas, Testart advierte que la fertilización *in vitro*, por la misma dinámica del proceso, arrastrará a los hombres a “una interminable serie de locuras en las que zozobra la dignidad de la persona humana”. Testart -comenta el Padre Basso- sabe que esas locuras que él menciona son condenadas por muchos organismos; pero también sabe que es muy rápida y poderosa la presión científica que lleva a hacer todo lo que se convierte en técnicamente posible”¹².

En una entrevista televisada que Hugo Obiglio hizo al célebre genetista Jerome Lejeune, en septiembre de 1993, le solicitó que formulara un juicio crítico sobre la investigación y

¹⁰ N. López Moratalla: “Experimentación en fetos humanos”, en el volúmen “Deontología biológica”, pág. 294.

¹¹ Eric Conan: “Jacques Testart”, en LA NACIÓN, 23 de octubre de 1986.

¹² Domingo M. Basso O.P., op. cit, pág. 247.

experimentación sobre embriones y fetos humanos. La respuesta del ilustre científico y Presidente de la Academia Pontificia de la Vida, lamentablemente desaparecido, es digna de ser meditada:

“La adquisición de conocimientos siempre es buena; pero la manera como se adquieren no es siempre buena. Cuando se habla de estudios científicos del embrión, no conozco ninguna experiencia que no pueda ser hecha igualmente bien en un mono o en un animal de experimentación. ¿Cómo se entiende, entonces, que numerosos científicos reclamen el derecho a realizar estas experiencias en pequeños seres humanos. Hay un contrasentido. Porque o bien consideran que es necesaria la calidad humana para estudiar tal o cual fenómeno, entonces saben que es un ser humano y lo someten a experimentación, y son peores que los médicos nazis que pretendían estar operando en algo menos que hombres y no en seres humanos. O bien no tienen ninguna necesidad de que sea un embrión humano. En este caso ¿por qué quieren hacer experiencias sobre embriones humanos?. Obligado a dar una respuesta, es horrible, sórdida: es que hace mucho tiempo que se ha renunciado a la protección del niño en el útero. La vida humana muy joven ya no tiene valor. *Y un embrión humano, no cuesta nada. Un embrión de mono, en cambio, cuesta muy caro*¹³.

Un capítulo tenebroso de lo que Jerome Lejeune denomina “pornografía biológica” y Testart “perversiones de la FIVET” está constituido por la pretensión de mezclar gametos humanos y no humanos. El padre Basso señala que “la fascinación de la experimentación por ella misma, la curiosidad científica, la soberbia de los investigadores, y la falta absoluta de una ética que exija el respeto mínimo por la vida humana, pueden conducir a excesos que sobrepasan el límite, no sólo de la moral cristiana, como dice Luigi Gedda, sino también de todo lo que puede tolerar un hombre respetuoso de la libertad”¹⁴.

A este capítulo de pornografía biológica pertenecen experimentos e intentos, a veces quizá fantasiosos, que configuran aberraciones propias de científicos que se mueven

¹³ Jerome Lejeune: entrevista de Hugo Obligio citada en la nota 30.

¹⁴ D.M. Basso O.P., op. cit. pág. 280.

sin sujeción a ningún parámetro ético. La embriogénesis sin espermatozoides, la fecundación de un óvulo por otro óvulo para satisfacer anhelos lesbianos, la autoprocreación femenina ya intentada con ratones, la fecundación del óvulo con células no germinales, el potencial implante de un embrión en el abdomen de un homosexual masculino previo tratamiento hormonal, la gestación de embriones humanos en úteros no humanos, la fertilización con semen humano de óvulos de mona en Estocolmo y de óvulos de hamsters en Japón, la fisión gemelar, la clonación por sustitución del núcleo de un huevo humano fecundado, la fusión de embriones *in vitro*, la *ectogénesis* o producción de un embrión en un laboratorio y su total gestación extracorpórea, en fin, todos los horrores pseudocientíficos que es capaz de imaginar la mente humana cuando prescinde de los valores deontológicos. *Sólo el reconocimiento de límites morales puede poner freno a tanto desvarío.*

La Instrucción *Donum Vitae* ha definido normas básicas que deberían ser observadas por todos, con prescindencia de las convicciones religiosas. Al respecto señala, en primer término, que como en cualquier acción médica sobre un paciente, son lícitas las intervenciones sobre el embrión humano siempre que respeten la vida y la integridad del embrión, que no lo expongan a riesgos desproporcionados, que tengan como fin su curación, la mejora de sus condiciones de salud o su supervivencia individual.

En consecuencia, la investigación médica debe renunciar a intervenir sobre embriones vivos, a no ser que exista la certeza moral de que no se causará daño alguno a su vida y a su integridad ni a la de la madre, y sólo en el caso de que los padres hayan otorgado su consentimiento, libre e informado, a la intervención sobre el embrión. Se desprende de esto -advierte la *Donum Vitae*- que toda investigación, aunque se limite a la simple observación del embrión, será ilícita cuando, a causa de los métodos empleados o de los efectos inducidos, implicase un riesgo para la integridad física o la vida del embrión.

Además, “ninguna finalidad, aunque fuese en sí misma noble, como la previsión de una utilidad para la ciencia, para otros seres humanos o para la sociedad, puede justificar de algún modo las experiencias sobre embriones o fetos humanos vivos,

viables o no, dentro del seno materno o fuera de él...Utilizar el embrión humano o el feto, como objeto o instrumento de experimentación, es un delito contra su dignidad de ser humano, que tiene derecho al mismo respeto debido al niño ya nacido y a toda persona humana. La *Carta de los derechos de la familia*, publicada por la Santa Sede, afirma: ‘el respeto de la dignidad del ser humano excluye todo tipo de manipulación experimental o explotación del embrión humano’. La praxis de mantener en vida embriones humanos, *in vivo* o *in vitro*, para fines experimentales o comerciales, es completamente contraria a la dignidad humana.”¹⁵

Señalemos, asimismo, con la *Donum Vitae*, que los cadáveres de embriones o fetos humanos, voluntariamente abortados o no, deben ser respetados como los restos mortales de los demás seres humanos. Toda práctica comercial con ellos debería estar prohibida por la legislación positiva.

La misma repulsa moral merecen los proyectos e intentos de fecundación entre gametos humanos y animales y la gestación de embriones humanos en úteros de animales, así como la hipótesis y el proyecto de construcción de úteros artificiales para el embrión humano. “Estos procedimientos son contrarios a la dignidad del ser humano propia del embrión y, al mismo tiempo, lesionan el derecho de la persona a ser concebida y a nacer en el matrimonio y del matrimonio. También los intentos y las hipótesis de obtener un ser humano sin conexión alguna con la sexualidad mediante “fisión gemelar”, clonación,¹⁶ o partenogénesis, deben ser considerados contrarios a la moral en cuanto que están en contraste con la dignidad tanto de la procreación humana como de la unión conyugal...Igualmente, algunos intentos de intervenir sobre el patrimonio cromosómico y genético no son terapéuticos, sino que miran a la producción de seres humanos seleccionados en cuanto al sexo o a otras cualidades prefijadas. Estas manipulaciones son contrarias a la

¹⁵ *Donum Vitae*, I, 4.

¹⁶ Sobre fisión gemelar y clonación ver: Angel Santos Ruiz: “Instrumentación Genética”, Fuenlabrada, Madrid, 1987, pág. 109 y sig. y Dolores Loyarte y Adriana E. Rotonda: “Procreación humana artificial: un desafío bioético”, Depalma, Buenos Aires, 1995, págs.357 y sigtes.

dignidad personal del ser humano, a su integridad y a su identidad. No pueden justificarse de modo alguno a causa de posibles consecuencias beneficiosas para la humanidad futura. Cada persona merece respeto por sí misma: en esto consiste la dignidad y el derecho del ser humano desde su inicio”¹⁷

La generalizada despenalización de la interrupción provocada de la gestación ha determinado que no sólo ciertos laboratorios de fisiología y farmacología experimental estén interesados en adquirir fetos humanos. También algunos fabricantes de cosméticos se comprometieron en ese macabro negocio. En el semanario “Nouvel Observateur” se denunció hace algunos años que de Roma a Budapest, pasando por Londres, Amsterdam y París, miles de embriones que tienen su origen en el aborto “legalizado” se comercializan para elaborar cremas y ungüentos que se venden por un puñado de dólares. Incluso la Gaceta Oficial del Palacio de Justicia llegó a informar que un camión procedente de Europa Central, cargado con fetos humanos congelados y destinados a laboratorios franceses de productos de belleza, fue interceptado en la frontera suiza por unos estupefactos guardas aduaneros. Lo notable es que dichos agentes públicos no encontraron en la reglamentación vigente ninguna cláusula que les autorizara a impedir que el vehículo continuara con su siniestra carga.¹⁸ Aparentemente se tomaron algunas medidas pero el problema subsiste. En 1994 “L’Osservatore Romano” clamó nuevamente contra las discriminaciones que efectúan los hombres que se consideran con derecho a determinar cuáles vidas humanas pueden ser impunemente segadas y cuáles restos humanos serán enterrados con honores fúnebres, arrojados a tachos de desperdicios o utilizados en laboratorios y en la industria cosmética.

El menosprecio hacia la dignidad connatural a toda persona concebida se ha acentuado en el curso del último cuarto del siglo veinte. Un ejemplo de esta tendencia lo vemos en los

¹⁷ Donum Vitae, I, 6.

¹⁸ Alberto Rodríguez Varela: “La persona antes de nacer”, Intervención en las Jornadas Rioplatenses sobre el comienzo de la Personalidad y el Estado), Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales, Buenos Aires, 1995, pág. 29.

critérios amoraes que se observan en materia de experimentación con embriones y fetos a la que ya nos hemos referido. Parecería, empero, que las aberraciones son innumerables. Un ejemplo de ello es el que comprobamos a través del volumen 29 de la revista “Diabetes”, órgano oficial de la American Diabetes Association. En ella se publicó un estudio con fotografías referidas a una “investigación” que tuvo por objeto el trasplante de páncreas fetal humano a ratas de laboratorio. Para concretar dichas operaciones los roedores recibieron las células de veinte creaturas en gestación abortadas al amparo del criterio fijado en 1973 por la Corte Suprema de los Estados Unidos en el tristemente célebre caso “Roe vs. Wade” que despenalizó las interrupciones provocadas de la gestación.

Las aberraciones que el ingenio humano, emancipado de toda moral objetiva, puede imaginar y ahora realizar son alucinantes. Los investigadores que solicitaron autorización al Consejo Superior de Sanidad de la Gran Bretaña para trasplantar embriones humanos a hembras de cerdos o conejos ponen en evidencia que, extraviada la genuina visión del hombre, desaparecen virtualmente los límites éticos. Los intentos de obtener fecundaciones mezclando gametos humanos y no humanos, a los que ya nos hemos referido, constituyen otra manifestación de una creciente *anomia moral*. El informe de la Comisión Warnock, elaborado como ya dijimos para asesoramiento del Gobierno Británico, los autoriza expresamente en ciertos casos bajo la condición de que “el desarrollo de cualquier híbrido resultante sea interrumpido al nivel de dos células”.

La desaprensión hacia los valores deontológicos que se observa en determinados círculos científicos, surge nítida de un informe del Profesor Edwards -padre científico de la primera bebé de probeta-, quien reconoce que algunos laboratorios recogen ciertos óvulos y los fertilizan en una probeta sin intención de transferirlos a ningún útero. Los utilizan -confiesa Edwards- “de manera semejante a los embriones de animales usados en la investigación”¹⁹

¹⁹ Cit. por Armando S. Andruet, op. cit, pág. 806

Graciela Iglesias, en un comentario publicado en “La Nación”, informa que científicos de la Universidad de Edimburgo estarían por iniciar la fertilización de óvulos extraídos a fetos femeninos concebidos con ese objeto.²⁰ Procurarán así traer al mundo niños cuyas madres jamás nacieron y cuyos restos fueron arrojados a un horno incinerador de basura.

No menos escalofriante es el capítulo referido a la experimentación fetal. Baste recordar que en el Hospital George Washington se practicaron abortos con bebés de siete meses de gestación para experimentar placentas artificiales. Cuando se consideró suficiente la información recibida, se interrumpieron los circuitos y los bebés murieron. Igualmente repugnante es la tarea cumplida por “científicos” que se empeñaron en perfeccionar los sistemas de diagnóstico precoz de enfermedades o malformaciones para “liberarse” de los discapacitados antes de su nacimiento. El último capítulo de estas aberrantes prácticas está referido al trasplante de células fetales para el tratamiento de la enfermedad de Parkinson. Para ello se implantan en el mesencéfalo gran número de células provenientes de 8 a 12 fetos de 8 a 10 semanas de edad por paciente trasplantado. Los fetos abortados por procedimientos comunes no son idóneos para este “tratamiento”. Los que se usan como fuente de células se extraen con precauciones especiales para someterlos a una *vivisección*, con la ayuda de la ecografía y un sistema especial de aspiración.²¹

Una tradición en controversia

Parece mentira que al comenzar el siglo veintiuno, después de las espantosas experiencias totalitarias de la anterior centuria en las que se practicó la discriminación homicida en

²⁰ Graciela Iglesias: “Los niños que mañana nacerán de la muerte”, LA NACIÓN, 4 de enero de 1994.

²¹ Ver: Ciclo de Conferencias sobre el respeto a la vida naciente. Procreación artificial y experimentación fetal, Caracas, 25 de mayo de 1989, Jerome Lejeune: “Moral Natural y experimentación fetal” y Susana M. Rini: “Experimentación fetal en Estados Unidos de Norteamérica”. Ver también: ASD PRENSA, n° 300.

escala cósmica, resulte necesario levantar la voz para defender a los más pequeños, a los más indefensos, a los más necesitados de protección: las persona concebidas y aún no nacidas.

El Profesor Jerome Lejeune, al visitarnos en septiembre de 1993, subrayó la incongruencia en que incurren los gobiernos que, al tiempo que derogan la pena de muerte para peligrosos criminales, la establecen para personas inocentes, que todavía no han nacido, a través de la despenalización del aborto y de la experimentación embrional y fetal. Estos legisladores no han advertido algo elemental que destaca Olsen A. Ghirardi en el sentido de que el derecho a la vida no abarca sólo un *período* sino *toda la vida*, desde la concepción hasta la muerte.²² No tiene, por ende, sentido ni coherencia amparar sólo un *segmento* de la vida y condenar al otro a la experimentación y a la muerte. La vida humana es sagrada *antes* y *después* del alumbramiento. Porque como dice un antiquísimo proverbio oriental: *el niño al nacer tiene casi un año de vida*.

La tradición hebrea y cristiana, que comparte también el Islam, de riguroso respeto al nasciturus, inspiró a las leyes sancionadas bajo su influjo durante dos mil años. Resulta, por ello, sorprendente que después de finalizar el contradictorio siglo veinte, cuando se proclama a diario la intangibilidad de los derechos humanos, se haya extendido a lo largo y a lo ancho del planeta la negación más completa del primero y fundamental: el derecho de toda persona inocente a nacer y a vivir, derecho que de modo incongruente se vulnera en nombre de un supuesto “progreso científico”.

Solzhenitsyn ha dicho, en uno de sus célebres discursos, que una de las mayores sorpresas de esta centuria es la expansión impresionante del materialismo y el relativismo en pueblos de añeja tradición espiritualista. Vivimos bajo el signo de una apostasía planetaria que mueve a prescindir de valores que hasta hace pocas décadas parecían incontrovertibles.

Urge volver a Dios para recuperar la verdadera dimensión del hombre. Porque hemos sido creados a Su imagen y semejanza (Gén. 1, 26). Por haber prescindido de ese origen los pueblos han extraviado el camino, olvidado la dignidad

²² Olsen A. Ghirardi, op. cit., pág. 40

humana, desviado el objeto de la ciencia y la técnica, que es la verdad y el bien, y aceptado aberrantes criterios legislativos.

Es necesario poner fin a la matanza de inocentes, sobre todo en el primero y en el último tramo de la vida humana. Hay que volver a las fuentes. Para ello, el mundo todo, sin distinción de creencias, con Fe en Dios o al menos en el hombre, debe comenzar por observar el principio elemental de la bioética, reiteradamente proclamado por Juan Pablo II: *Todo ser humano debe ser considerado y respetado como persona desde el momento de su concepción*. Esta recomendación no es observada por quienes creen que ciencia y técnica pueden estar emancipadas del orden moral. Tamaña desviación nos conduce a la negación del genuino humanismo.

Conclusión

He desarrollado y ampliado en esta comunicación los puntos que sucintamente mencioné durante mi intervención en el encuentro de Academias Nacionales convocado por la Comisión Episcopal de Fe y Cultura.

Monseñor Estanislao Karlic cerró la reunión señalando que consideraba auspicioso el comienzo del diálogo que contó con la participación de los asistentes a la jornada del 6 de mayo de 2002. Afirmó que constituía “un ejercicio interdisciplinario”, un “intento de entenderse desde los distintos campos, buscando la unidad de la ciencia y la unidad de la vida”. Agregó que “no hay que aceptar la fragmentación de la inteligencia porque no queremos aceptar la fragmentación de la persona ni de la realidad”.

Concluyó Monseñor Karlic expresando que la reunión que llegaba a su fin le movía a confiar en “la Argentina profunda, la verdadera Argentina que va a subsistir” y que aguarda el aporte de las Academias y de los hombres de pensamiento.